



CAPÍTULO I.

—(○)—

LA REALIDAD DEL DILUVIO COMPROBADA
POR LA TRADICIÓN, POR LA HISTORIA
Y POR EL TESTIMONIO DE LOS POETAS
Y SABIOS.



Si hay algo en que esté perfectamente conforme la tradición constante de todos los pueblos, si algún acontecimiento notable se ha transmitido fielmente de boca en boca y se ha grabado de una manera indeleble en la memoria de todos los hombres, cual monumento imperecedero que de continuo nos está dando lecciones de capital trascendencia, ese es la perversidad reinante en la edad de piedra, que sucedió á la venturosa y santa edad

— 13 —

de oro, y la provocación de las iras del Omnipotente que exterminaron á la humanidad con un espantoso diluvio.

La irreparable pérdida de la primitiva felicidad y la asoladora inundación que después vino á purificar toda la tierra, son los dos hechos de que nos hablan todas las gentes y de que todas las edades nos dan claro testimonio.

Por lo que mira al último, que es el que por ahora nos interesa, ya hace tiempo decía el gran Bosuet (1): «La tradición del Diluvio universal se halla por toda la tierra». Y estas notables palabras han recibido en nuestros días la más palmaria confirmación; no hay verdadero sabio que se atreva á desmentirlas; todos se ven forzados á repetir á coro con el célebre orientalista Lenormant (2), que «La tradición del Diluvio es la tradición universal por excelencia entre todas aquellas que se refieren á la historia de la humanidad primitiva».

§ I. TRADICIONES DE LOS PUEBLOS ORIENTALES.

No queremos detenernos por ahora en transcribir las admirables palabras con que describe el Génesis aquella terrible inundación con sus causas y todos sus principales

(1) *Discours sur l'histoire univ.*

(2) *Essai de commentaire de Bérose*, p. 275.

caracteres; bien conocidas son de todo el mundo. El testimonio claro y elocuente de aquel libro sagrado no puede menós de ofrecer todas las garantías de verdadero é irrecusable, aun á los ojos de aquellos que carecen de la dicha de tener fe sobrenatural. El Génesis es la historia más fiel, más verídica y probabilísimamente la más antigua también. No se ha podido descubrir en ella el menor error y por eso ha merecido la veneración de todos los siglos. Por ella sola sabemos todo lo que positivamente sabemos acerca de los primitivos hombres; quien no diere fe á esa historia, se ve precisado necesariamente á negársela á todas las otras. Nos bastaría pues el testimonio del Génesis; sin embargo, lo hallamos confirmado por el de todos los pueblos. Y lo que es más digno de consideración, mientras las tradiciones remontan á una época más antigua, ó mientras, por otras razones particulares, nos merecieren más fe, mayor conformidad ofrecen con el relato de aquel inestimable libro.

Seríamos interminables si fuéramos á referir una á una todas esas tradiciones; nos debemos pues contentar con indicar solamente alguna que otra.

Nada diremos de las conservadas entre los *Hebreos* y que nos han sido transmitidas por los historiadores de aquel pueblo, especialmente por Josefo y por Philón, pues si bien añaden no pocas circunstancias notables y

probabilísimas, muy dignas de tenerse en cuenta, que deben representar la tradición oral, en el fondo están en un todo calcadas en el mismo relato bíblico.

Pero debemos empezar recordando las de los *Caldeos*, que tanto interés nos ofrecen, por haber sido conservadas en el primer centro de civilización postdiluviana. Dos leyendas bien célebres nos las han conservado: la del sacerdote Beroso, que es muy posterior al Génesis, y la del poema de Izdubar, que es antiquísima, y según algunos, data de los tiempos de Abraham. Empezaremos por la menos antigua, que por lo mismo debe ser la más desfigurada. El Noé de los Caldeos es *Xisuthro*; este es, según ellos, el décimo rey antediluviano, lo mismo que aquél era el décimo patriarca. «En su tiempo, dice Beroso (1), en el precioso pasaje conservado por Alejandro Polihistor, acaeció el gran diluvio, cuya historia se refiere de la manera siguiente en los documentos sagrados: Aparecióse Cronos (Ea) en un sueño y le anunció que el día 15 del mes *Desio todos los hombres* perecerían por un diluvio. Le ordenó, pues, tomar el principio, el medio y el fin de todo aquello que había sido consignado por escrito y sepultarlo en la ciudad del Sol, en Sippara.

(1) *Lenormant, Essai de commentaire de Bérose.* p. 260-261, texto citado por Eusebio.

Después le mandó construir un navío y entrar en él con su familia y sus amigos más caros; disponer allí las provisiones de comida y bebida; hacer entrar los animales, volátiles y cuadrúpedos, y, en fin, prepararlo todo para la navegación. Y cuando Xisuthro preguntó hacia dónde debía dirigirse, le fué respondido: *hacia los dioses*, y que rogara para que los hombres tuvieran una suerte feliz. Obedeció y construyó un navío de cinco estadios de largo y dos de ancho; reunió todo lo que se le había prescrito, y se embarcó con su mujer, sus hijos y sus íntimos amigos. Habiendo sobrevenido el diluvio y decreciendo bien pronto, Xisuthro soltó algunas de las aves. Éstas, no hallando alimento ni donde posarse, volvieron al navío. Algunos días después les dió de nuevo libertad; pero ellas volvieron también con las patas llenas de lodo. En fin, soltadas por tercera vez, ya no volvieron más. Entonces comprendió Xisuthro que la tierra estaba ya descubierta, y haciendo una abertura en el techo del navío, vió que este se había detenido sobre una montaña. Descendió, pues, con su mujer, su hija y su piloto, adoró la tierra, elevó un altar y sacrificó á los dioses; en este momento desapareció con los que le acompañaban... Del navío, que se había, en fin, detenido en Armenia, una parte subsiste aún, en las montañas Gordianas, y los peregrinos llevan el asfalto que, de los restos que quedan, logran

raspar, y se sirven de él contra las influencias de los maleficios».

Si comparamos este relato con el del Génesis, no podremos menos de maravillarnos del gran parecido que ofrece en casi todos los detalles fundamentales; pero á la vez hallaremos en aquél ciertas alteraciones, debidas al trascurso del tiempo y al influjo de la mitología, las cuales, lejos de debilitar la verdad de lo restante, prueba cuán providencial ha sido su conservación tan perfecta.

Omitimos por ahora la maravillosa leyenda de Izdubar, que es, después de la Biblia, el más interesante y completo monumento del Diluvio. Pasemos, pues, á la tradición de los *Arameos*, que nos ha sido conservada por el autor del tratado sobre *la Diosa Siriaca* (1). «La raza actual de los hombres, escribe entre otras cosas Luciano, no es la primera, porque ha habido antes otra cuyos hombres todos perecieron. Nosotros somos de una segunda raza que descende de Deucalión y se ha multiplicado con el trascurso del tiempo. En cuanto á los primeros hombres, se dice de ellos que estaban llenos de orgullo y de insolencia, que cometían muchos crímenes, no guardando sus juramentos, no practicando las leyes de la hospitalidad, no perdonando á los que suplicaban; así fueron castigados con un inmenso desastre. Súbitamente enormes

(1) Luciano, *De Deí Syrá*, c. 12-13.

masas de agua brotaron de la tierra y comenzaron á caer lluvias en extraordinaria abundancia; los ríos salieron de sus cauces y la mar franqueó sus barreras; todo quedó cubierto por las aguas y todos los hombres perecieron. Solo Deucalión fué conservado vivo para dar origen á una nueva raza, á causa de su virtud y piedad. He aquí como se salvó. Se metió, junto con sus hijos y mujeres, en un gran cofre que él tenía y allí fueron á refugiarse detrás de él puercos, caballos, leones, serpientes y todos los demás animales terrestres. Los recibió consigo, y todo el tiempo que permanecieron en el cofre inspiró Zeus á estos animales una amistad recíproca que les impidió devorarse unos á otros. De esta manera, encerrados en un solo cofre, flotaron todo el tiempo que las aguas permanecieron en su fuerza. Tal es el relato de los griegos sobre Deucalión. Pero á esto, que lo cuentan igualmente las gentes de Hierápolis, añaden éstas una narración maravillosa: que en su país se abrió una vasta sima, donde fué á reunirse toda el agua del diluvio. Entonces Deucalión elevó un altar y consagró un templo á Hera, cerca de aquella misma sima.»

Los *Armenios* conservan hasta el día de hoy un fidelísimo recuerdo del diluvio. «Sin dar un valor exagerado á su relato, que es conforme con el del Génesis, escribe el señor Bertrand (1), es cierto que la tradición de

(1) *Dictionnaire des relig. ar., Déluge.*

diluvio existía en Armenia mucho antes de la conversión de los habitantes al cristianismo; Josefo y Beroso lo garantizan: la ciudad que, según Josefo, se llamaba *lugar del descenso*, existe aún al pie del monte Ararat. La montaña sobre la cual se cree que se detuvo el arca, se llama en lengua persa *Koh-Noub*».

Los *Fenicios* conservaron con respeto la tradición del gran cataclismo; en su mitología celebraban la victoria de Pont (la mar) sobre Demarous (la tierra).

Nada diremos de los *Griegos*, que tantas relaciones nos han dejado del Diluvio universal, si bien más ó menos desfiguradas con el recuerdo de otras catástrofes locales. El diluvio de Ogyges y el de Dardano parecen pertenecer á esta última categoría; en donde mejor se distingue al universal es en la leyenda tesálica de Deucalión (1).

Se ha dicho que los *Egiptios* no conservaron una tradición precisa de la gran inundación; no nos debiera extrañar. Debiendo su felicidad á las avenidas del Nilo, para ellos las inundaciones, lejos de ser señal de la cólera divina, son beneficios muy grandes. Sin embargo, es cierto que conservaron vivo el recuerdo de una destrucción de los primitivos hombres que excitaron contra sí la cólera del dios *Rha*. Así consta por una inscrip-

(1) L'Abbé Thomas, *Les Temps primitifs*, t. II, p. 212.

ción mitológica de la tumba de Seti I en Tebas, publicada por E. Naville (1). Por ella consta además que los pocos hombres que se salvaron ofrecieron un sacrificio á los dioses y que éstos prometieron no volver á exterminar el género humano.

El degüello terminó por una inundación benéfica que indicaba haberse ya calmado las iras de Rha. Vemos, pues, que, si se exceptúa la especie de castigo, por lo demás guarda este relato no pequeña analogía con el del Génesis. Y el hecho solo de estar unida la inundación con el exterminio de los hombres, nos hace pensar en el diluvio. Conservaron el recuerdo de la destrucción de la humanidad; pero no pudiendo ver en la inundación más que un gran beneficio, alteraron la tradición creyendo que el exterminio se había verificado de otra manera (2).

Sin embargo, por más que se diga y por mucho que se desfigurara entre los Egipcios esta tradición, no se puede dudar que muchos de ellos conservaban con bastante fidelidad el recuerdo de la terrible inundación que destruyó al género humano. «Los Egipcios,

(1) *Transactions of the Society of bibliotecal Archaeology*, Junio 1875.

(2) Véase al abate Vigouroux, *La Bible et les découvertes modernes*, t. I, p. 247 y siguientes. Siempre que citemos esta preciosa obra, sin mencionar la edición, nos referimos á la 5.^a; pero cuando debamos citar el *Manuel biblique*, del mismo autor, nos referiremos á la 7.^a

dice Bertrand (1), refieren que en los tiempos en que Osiris se ocupaba en instruir á los hombres de Etiopía, el Nilo vino á desbordarse, al acercarse el solsticio, y que habiéndose derramado por las llanuras, ocasionó un diluvio, que hubiera anegado á todos los hombres si Hércules no hubiese detenido las aguas elevando diques y salvando así una parte del género humano. Este relato evidentemente no hace alusión más que á un diluvio parcial. Pero Mutardi, conforme con Albumassar, cita dos antiguos libros egipcios, en que se leía que el mundo había sido renovado después del diluvio, mientras el sol estaba en el primer grado de *Aries* y *Regulus* en el coluro de los solsticios».

El mismo Platón, en el *Timeo*, nos garantiza lo fielmente que se conservó la tradición del diluvio entre la raza sacerdotal, cuando pone en escena al sabio Solón con un anciano sacerdote de Egipto. Este va mostrando á aquél cómo el diluvio de los griegos es muy posterior y que antes de Deucalión *hubo una inundación más universal que lo invadió todo* (2).

En la *India* el recuerdo del diluvio se conservó bajo muy diferentes formas. Bien conocida es ya de todos en Europa la curiosa

(1) *Dictionnaire des religions*, art. *Déluge*.

(2) Véanse en la *Bible sans la Bible* de Gainet otras varias tradiciones de los Egipcios acerca del Diluvio.

historia del pez, que es un episodio del extenso y antiquísimo poema el *Mahâbhârata*, que según algunos, remonta á cerca de 2.000 años antes de nuestra era. He aquí, pues, el tema de la mencionada historia: Brahma se aparece en forma de pez á *Manou*, gran príncipe, sabio y santísimo, y le anuncia el próximo diluvio; le manda construir un navío, que durante la inundación es llevado por el mismo pez, y se detiene en la cima del Himalaya. Manou vino á ser después el padre de todos los hombres.

No podemos consignar todo el hermoso episodio por ser demasiado extenso; pero debemos transcribir siquiera algunas frases (1):—«25.—Cuando el pez fué llevado por Manou al Occéano, le dirigió, sonriendo, este discurso:...—27.—Muy pronto, ¡oh bienhadado! todo lo que pertenece de fijo y de móvil á la naturaleza terrestre sufrirá una inmersión general, ¡oh dichosísimo! una disolución completa...—30.—Tú debes construir un navío fuerte, sólido... y en él debes entrar con los siete *Richis* ó sabios, oh gran santo!—31.—Y debes meter en él todas las semillas.—40.—Habiendo sido atado el navío (al cuerno del pez) (2) éste lo llevó con gran velocidad sobre las olas del Occéano.—41.—El soberano de los

(1) Puede verse íntegro en la *Bible sans la Bible* de Gainet, t. I, p. 199 y siguientes.

(2) En la descripción del pez, que omitimos, se dice que tenía un cuerno en la cabeza.

hombres atravesó así, sobre su navío, la mar, que estaba saltando con sus elevadas olas y mugiendo con sus ondas.—42.—Agitado por los vientos vehementes, el navío bamboleaba sobre las amontonadas olas y vacilaba como una mujer ebria.—43.—Ni la tierra ni las regiones del cielo, ni el espacio que está entre ellos eran ya visibles; todo era agua, el espacio, el cielo, oh príncipe de los hombres!—44.—En medio del mundo, así sumergido, oh príncipe de los *Bharatidianos*, se veían los siete *Richis* y Manou y el pez...—48.—El navío fué luego atado por los *Richis* á la cumbre más alta del *Himarán* (Himalaya)...—49. Y por eso esa cumbre fué llamada *Naubandhanam* (ligadura del navío), nombre que lleva aún hasta nuestros días...—50.—Entonces el gracioso (pez), con la vista fija, habló de esta suerte á los *Richis*: Yo soy Brahma...—51.—De Manou deben nacer ahora todas las criaturas...—53.—Por mi favor la creación de los seres no volverá á caer en confusión».

Pues si esta narración presenta no pocas analogías con el relato del Génesis, aun las ofrece mayores la que se halla en el libro octavo del *Bhâgavata*; pero creemos inútil reproducirla (1).

Según la tradición babilónica, el dios que advirtió á *Hasisadra* la proximidad del diluvio, es decir *Ea*, es también un dios ictiomor-

(1) Véase á William Jones, *Annales de Phil.* t. II, p. 57.

fo, representado en los monumentos asirios con una figura mitad hombre y mitad pez (1).

Entre los *Persas* el diluvio forma parte de la cosmogonía. Atribuyen á la corrupción de los hombres por Ahrimán la inundación que los exterminó (2).

Los *Chinos* conservan también, bajo diferentes formas, la tradición del gran cataclismo: «Que se abra el tan importante libro (3) el *Chou-King*, que comienza por el capítulo atribuido á Yao y llamado Yao-Tien, capítulo cuya data misma está fijada aproximadamente por los solsticios y los equinoccios, que están allí indicados, y que los cálculos más exactos fijan hacia el año 2300 antes de nuestra era, y se verá á Yao expresarse de esta suerte:—Grandes: se sufre aún mucho por la inundación de las aguas, que cubren las colinas por todas partes, suben sobre las montañas, y parecen ir hasta los cielos. ¿Hay alguno que pueda poner remedio á estos desastres?—...Que se pase ahora al segundo capítulo, intitulado Chun-tien, ó libro inmutable de Chun, y se verá á este patriarca venerado restablecer la astronomía, el culto, la magistratura, la agricultura, la música y las otras artes... Se ve un poco más lejos á Ya, interpelado por este patriarca ó

(1) *Les Temps primitifs*, por el abate Thomas, t. II, p. 212.

(2) Vigouroux, *Manuel biblique*, t. I, p. 545.

(3) Relación del Sr. caballero de Paravey, *Annales de philosoph.*, XV, 380.

emperador Chun, que le dice:— Cuando la gran inundación se elevó hasta los cielos, cuando rodeó las montañas y pasó por encima de los lugares más elevados, los pueblos conmovidos perecieron en las aguas... En todas las partes del mundo yo dirigí el curso de los ríos y los hice correr hacia los cuatro mares».

Los *Chinos* conservan, pues, vivos recuerdos del diluvio y tienen de él una idea muy exacta; dicen que Fo-hi, á quien atribuyen el origen de su civilización, se libró del gran cataclismo con su mujer, sus tres hijos y sus tres hijas (1).

También los *Japoneses* reconocen el diluvio; su Noé es *Peirun*, excelente príncipe, á quien fué revelada la próxima inundación de sus estados, que iba á suceder por causa de los grandes crímenes de sus moradores. Se embarcó junto con su familia y los que quisieron seguirle, y se salvó llegando felizmente á las playas de la China, donde se celebra aún la memoria de su llegada con una fiesta anual, en la que los *Chinos* de las provincias meridionales hacen varios juegos en el agua, gritando: ¡Peirun! ¡Peirun! También los *Japoneses* celebran la memoria de este acontecimiento en la tercera fiesta anual (2).

(1) Vigouroux, *Manuel biblique*, t. I, p. 545-546.

(2) *Annales de philosoph.* t. III, p. 374. Bertrand, *Dictionnaire des relig.*

En *Siam* se conserva del mismo modo la tradición del diluvio: el dios *Phra-Phu-Thi-Chau* pone el arco iris en las nubes, para asegurar á los hombres que no volverá á suceder otra inundación (1).

«Los *Tártaros* que profesan el chamanismo (2) reconocen que cada edad del mundo termina por un diluvio universal. Según su cosmogonía, los primeros hombres, decaídos ya de las prerrogativas celestes y reducidos á una condición miserable sobre la tierra, añadían el crimen á la desdicha. La envidia, los celos se apoderaron de sus corazones. No se veía más que desventurados, ocupados todos en despojarse, en herirse y en destruirse; la tierra fué entregada al pillaje, á los combates, al degüello; todos los vicios y todos los males la infestaron á la vez. La vida humana decrecía á medida que los hombres se iban haciendo más perversos. En fin, se oyó la voz de los *tanqueris* ó espíritus celestes, que de lo alto del cielo anunciaban que bien pronto caería una lluvia abundante mezclada de cuchillas y hierros cortantes... La tempestad estalló, conforme había sido predicha. Llovieron cuchillas durante siete días. Toda la tierra quedó cubierta de sangre, de cadáveres desgarrados, de osamentas despojadas; pero las aguas, cayendo sin cesar del cielo,

(1) *Annales de la propagation*.—Siam, t. V, p. 102.

(2) Bertrand, *Dict. des relig.*

arrastraron todas las inmundicias al Occéano y purificaron la morada de los hombres. Este fué el término de la primera edad... Tales son, entre otras, las tradiciones de los *Tártaros* y *Mongoles*».

«Los exploradores rusos han señalado la existencia de una narración del diluvio de las islas *Alentianas* que forman el nexo geográfico entre el Asia y la América septentrional, en el lugar que habitan los koloscos. Esta tradición, según refiere el viajero Henry, es como sigue: Antiguamente el padre de las tribus indias, que habitaba hacia Levante, fué advertido en sueños de que un diluvio iba á desolar la tierra, y construyó una balsa en la que se salvó con su familia y con todos los animales. Flotó sobre las aguas durante muchos meses; los animales, que entonces hablaban, se quejaban y murmuraban de él; por fin descubrió una tierra y saltó á ella con todas las criaturas y con los animales, los cuales perdieron desde entonces el uso de la palabra en castigo de haber murmurado de su libertador» (1).

§ II. TRADICIONES OCCIDENTALES.

Si pasamos ahora á los pueblos de Occidente, hallaremos que conservaron también muy viva la memoria del diluvio.

(1) V. *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, cuaderno 161, *Diluvio*.

Según la leyenda céltica de los *Cimris del país de Gales*, la catástrofe consistió en una erupción del Llyn-llin, que inundó el país, ahogando á todos los hombres, excepto á Dvvyfan y Dvvyfach, que se salvaron en un barco sin aparejo (1).

En el Edda de los *Escandinavos*, el agua del diluvio es reemplazada por la sangre de Imir, la cual corrió de sus heridas en tal abundancia, que anegó toda la raza de los gigantes, á excepción de Bergelmir, que se salvó en un barco con su mujer y reprodujo la raza destruída (2).

Una leyenda de los *Lituanos* cuenta que Pramzimas, viendo que la tierra estaba desordenada, envió dos gigantes, VVaudú y VVeas, el agua y el viento, para destruirla. Los gigantes, en efecto, llenos de furor, lo perturbaron todo, y sólo algunos hombres se salvaron subiendo á las montañas. Compadecido Pramzimas, que estaba comiendo nueces celestiales, dejó caer en las montañas al-

(1) V. *Diccionario Enciclopédico*, *ibid*; al abate Thomas, *Les temps primitifs*, t. II, p. 212. Otras leyendas célticas dicen que ciudades florecientes quedaron inundadas por el diluvio, y que un reducido número de hombres y animales se salvaron en las cumbres de las montañas. (Godf. Higgins, *The Celtic Druids*). V. *Encyclopédie du Dix-neuvième Siècle*, 3.^a edic., t. 7.^o, *Déluge*.

(2) V. Abate Thomas, *Obra cit.*, p. 213. Según la citada *Encyclo. du Dix-neuvième Siècle*, el Edda refiere que «A las violentas erupciones volcánicas, se añadió el más terrible trastorno de la mar, en el seno de la cual se abismó la tierra, y de donde volvió á salir de nuevo».

gunas cáscaras de nuez, en las que se salvaron algunos hombres, que así pasaron inadvertidos á los gigantes. Pasado esto, aquellos hombres se dispersaron, quedando sólo en el país un matrimonio de avanzada edad, y como este matrimonio se desconsolara por no tener hijos, Pramzimas les envió un arco iris y les mandó que *saltaran sobre el hueso de la tierra*. Lo cual recuerda el oráculo de Deucalión. Saltaron nueve veces y resultaron con eso nueve parejas, que fueron los nueve abuelos de las nueve tribus lituanas» (1).

Los *Lapones* creen que antes del diluvio toda la tierra estaba habitada; pero cuando la mar y los ríos la invadieron é inundaron por completo, perecieron todos los hombres, á excepción de un hermano y una hermana, á quienes tomó Dios en su brazo y los llevó á la montaña Posserare, y de los cuales provienen todas las razas de ahora (2).

No consignaremos aquí los notabilísimos testimonios de muchos historiadores y poetas latinos, porque sus relaciones tienen un carácter completamente oriental.

Una tradición escandinava se refiere también al *arco iris*, pues lo considera como un puente construído por los dioses para unir la tierra con el cielo (3). Otros varios recuerdos

(1) V. *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano. Diluvio*.

(2) V. *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 209.

(3) *Annales de philos.*, t. IX, p. 129.

hay en Occidente, relativos al diluvio ó al mismo Noé y á sus hijos.

¿De dónde tomaron los Escandinavos, pregunta M. d'Anselme (1), el nombre de *Noatum*, en su lengua ciudad de *Noa*, que dan á la mansión celeste del dios *Niorthr* ó *Nio el justo*? Estas dos variantes, *Nio* y *Noa*, ¿no nos llevan invenciblemente al nombre del patriarca Noé?... Debemos hacer notar que *Niorthr* pasaba por ser el mediador entre los dioses y los hombres, como pudiera decirse de Noé, en quien tuvo lugar la reconciliación de Dios con el género humano. ¿De dónde vienen sino de la misma fuente también las variantes *Nick*, *Niik*, *Nicks*, *Nix*, *Nixen*, *Nichsen*, *Nacken*, del nombre que dan al Dios de las aguas los pueblos del Norte (2)? ¿Y no es verdaderamente notable que una de las variantes, *Nic-Kar*, por la final *Kar*, que significa *reposo* en islandés, dé, en la misma palabra, la reproducción y la traducción del nombre Noé (3)?... ¿Y no es este mismo nombre el que debemos reconocer en el de *Noka*, dado por los daneses á un pretendido Dios de la mar?... ¿Sobre qué modelo pudieron formar los Etruscos el nombre de su *Nannos* ó *Nanos*, cuyos viajes por mar dieron á los Griegos la materia de un largo poema, en

(1) *Monde païn*, t. I.

(2) *Act celt.*, t. I, p. 233.

(3) *Noé* en hebreo significa *reposo* ó *consuelo*.

que se reproduce por fragmentos toda la historia de Noé?»

Los pueblos occidentales, lo mismo que los orientales, han conservado el recuerdo de los tres hijos de Noé, aunque desfiguraron sus nombres.

«Entre los *Romanos*, escribe el abate Gai-net (1), los tres hijos de Saturno son: Júpiter, Neptuno y Plutón. Los *Atlantes* reconocían por primer rey á Urano, cuyos principales hijos eran: Titán, Océano y Saturno... Los *Escandinavos* dicen que el mundo fué poblado por Bore, que tuvo tres hijos: Odin, Vile y Vè. Los *Germanos* creían que su primer rey fundador había sido Mann, que tuvo tres hijos, padres de los *Igevones*, de los *Hermionnes* y de los *Isterones*. Los *Druidas* daban por patriarcas de las islas británicas á *Hu-Gardarn*, *Pridain* y *Dyunwald-Molmad*.»

§ III. TRADICIONES DEL NUEVO MUNDO Y DE OTROS DIFERENTES PUEBLOS.

Y si nos fijamos en el Nuevo Mundo y aun en la Oceanía hallaremos innumerables tradiciones referentes al gran cataclismo y muchas de ellas fidelísimas. Sería demasiado prolijo enumerarlas nada más; pero no podemos dispensarnos de consignar siquiera algunas, porque, como dice Maury (2): «Es

(1) *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 232 y 233.

(2) *Encyclopedie nouvelle*, art. *Déluge*.

un hecho digno de consideración, que se encuentran en América tradiciones relativas al diluvio infinitamente más conformes con la Biblia y con la religión caldea, que las de ningún otro pueblo del Antiguo Mundo».

Una versión del *diluvio mejicano*, dada por el Sr. Bertrand (1) dice así: «Antes de la gran inundación, que tuvo lugar 4.008 años después de la creación del mundo, el país de Anahuac estaba habitado por gigantes; todos los que no perecieron fueron transformados en peces, á excepción de siete, que se refugiaron en las cavernas. Cuando las aguas se hubieron retirado, uno de estos gigantes, Xelhua, por sobrenombre el Arquitecto, fué á Cholula, en donde en memoria de la montaña Thaloc que le había servido de refugio á él y á seis de sus hermanos, construyó una colina artificial, en forma de pirámide; hizo fabricar ladrillos en la provincia de Hana-maleo, y para trasladarlos á Cholula, dispuso una fila de hombres que los fueran pasando de mano en mano. Los dioses vieron con indignación este edificio, cuya cima debía llegar á las nuves. Irritados contra la audacia de Xelhua, lanzaron fuego sobre la pirámide; muchos de los obreros perecieron. La obra no se continuó, y más tarde fué consagrada á Quitzalcoalt, dios del aire».

Si aquí vemos perfectamente recordada no

(1) Art. *Tzoquillixaque*.

sólo la gran inundación, sino también la construcción de Babel, en la tradición de los *Chiapaneses* hallamos también mencionada la confusión de las lenguas. Según los documentos recogidos por Nuñez de Lorega, el VVodán de estas gentes era nieto del venerable anciano que se salvó con su familia en una almadía, en la gran inundación en que pereció la mayor parte del género humano. VVodán contribuyó á la construcción del gran edificio que había de llegar á los cielos; pero la ejecución fué interrumpida y cada familia recibió entonces una lengua diferente (1).

La tradición de los *Michoacanos* ofrece sin comparación mayores analogías con el relato bíblico del diluvio. El Noe de estos pueblos es Tezpi, el cual durante la inundación universal se salvó en un espacioso barco, junto con su mujer, sus hijos, muchos animales y bastantes granos, cuya conservación era más necesaria á los hombres. Cuando el Gran Espíritu, Tezcat-Lipuca, ordenó que se retiraran las aguas, Tezpi dejó salir de su barco un buitre. Como este se alimenta de carne muerta, no volvió á causa del gran número de cadáveres de que estaba llena la tierra, que empezaba á secarse. Tezpi envió otras aves; pero sólo volvió el colibrí, trayendo en su pico un ramo con hojas. Tezpi conoció en-

(1) Gaiet, *Bible sans la Bible*, t. I, p. 214.

tonces que la tierra empezaba á revestirse nuevamente de verdura y salió de su barco cerca de la montaña Colhuacán (1).

Análogas tradiciones hallamos en todas las tribus de América; el diluvio quedó profundamente grabado en la memoria de aquellas apartadas gentes. Puede verse en la notabilísima obra del abate Gaiet, *La Bible sans la Bible*, qué concepto tienen de él los Peruanos, Brasileños, Aztecas, Iroqueses, Canadios, etc. y quedará uno grandemente maravillado con Maury de ver cuan fieles son los recuerdos del gran cataclismo, conservados en el Nuevo Mundo.

Y otro tanto sucede en las islas circunvecinas. ¿Quién no se maravillará de aquel apóstrofe que uno de los insulares de Cuba dirigía á Gabriel de Cabrera? «¿Por qué me riñes, decía, siendo, como somos, hermanos? ¿No descendes tú, lo mismo que yo, de aquel que construyó el gran navío en que se salvó nuestra raza?»

Pero no sólo la tradición oral recuerda tan fielmente el diluvio en América; lo recuerdan también los monumentos y lo celebra el culto con grandes solemnidades. Los mejicanos representan en sus pinturas á su Noé, llamado Coxcox, junto con su mujer Xochiquetzal, sentados en una barea ó en un tronco de ár-

(1) M. L'Abbé Bertrand, art. *Tezpi*.

bol, flotando en medio de las aguas (1). «Muchas naciones indias del Norte y del Noroeste de la América septentrional tienen solemnidades anuales instituidas, ya á título de conmemoración de un gran acontecimiento, como la danza del diluvio, ya á título de propiciación, como la danza religiosa de los búfalos» (2).

Idénticas tradiciones hallamos en la *Oceania*. Los habitantes de las islas *Fidji* dicen que después que su patria fué poblada por el primer hombre y la primera mujer, cayó una lluvia tan abundante que el suelo quedó totalmente sumergido; pero antes que las partes más elevadas quedaran cubiertas por las aguas, aparecieron dos barcos conducidos, el uno por Bokóra, el dios de los carpinteros, y el otro por Rokola, su obrero principal. En ellos se salvaron ocho personas (3).

Inútil creemos ir multiplicando más testi-

(1) Puede verse en el *Manuel biblique* de Vigouroux, t. I, p. 547, la reproducción de una de esas pinturas, hecha en vista de la copia de un manuscrito de Cholula, ejecutada en 1586 por el dominico Fr. Pedro de los Ríos, que, muy poco después de la conquista de los Españoles, recogía con gran diligencia las tradiciones indígenas. A él se debe la conservación de algunos preciosos documentos, cuyos originales se perdieron, como acaeció con el referido manuscrito; pero cuya autenticidad nadie puede poner en duda. V. Gaiet, *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 210. Al de Humboldt, *Vues des Cordillères et monuments de l'Amérique* (1810, p. 226-227 y lámina XXXII).

(2) Domenech, t. I, p. 577.

(3) Vigouroux; *Manuel biblique*, t. I, p. 547. W. Smith, *Dictionary of the Bible*, t. II, p. 573.

monios, porque como dice muy bien el abate Gainet (1): «No hay un pueblo, ni un solo rincón de la tierra, que no nos haya ofrecido el suyo, más ó menos claro, en favor del gran acontecimiento.» Verdad es que la raza negra no se ha mostrado hasta el día, en este punto, tan explícita como las otras; pero no podemos decir, como gratuitamente afirman ó conceden, aun muchos autores católicos, que los negros no conservan la tradición del diluvio. Están todavía demasiado mal estudiadas las creencias de esos pueblos para poder deducir nada de razones puramente negativas. Un estudio más detenido puede hallar lo que antes no se había descubierto. Sin embargo, conocemos ya algunas tradiciones bien claras, que acerca del diluvio han conservado los negros. Por de pronto nos contentamos con citar á los *Hotentotes* del Cabo de Buena Esperanza, los cuales llaman *Noh* al primer hombre de su raza, que descendió por una puerta ó por una ventana (pues la palabra que emplean significa las dos cosas), junto con su mujer *Hing-Noh*; en todo lo cual el viajero Kolbe no duda en reconocer á Noé (2) saliendo por la ventana ó

(1) *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 227.

(2) Véanse las interesantísimas observaciones hechas por M. d'Anselme sobre Noé, el arca y el diluvio (*Monde païen*, t. I, p. 396). Nos hace ver cómo del nombre de Noé, en hebreo *Noh*, *Nais*, *Noach*, se deriva el de *nave* en más de 20 lenguas; del de la arca, *Tobe*, se deriva en otras tantas el de *bote* ó barquichuelo, y

por la puerta del arca. «Entre los negros se refiere, escribía Cesar Cantú (1), que Atahensic fué arrojada del cielo por su desobediencia; y en el interior de Africa hay un lago que se cree resto del diluvio» (2).

que el mismo nombre de Patriarca ha sido dado muchas veces, bien á héroes ó dioses de la mar, bien á los inventores del vino ó de la agricultura.

(1) *Historia Universal*, t. I, época 1.^a, cap. III.

(2) Es preciso tener además muy en cuenta la extrema dificultad con que los negros revelan sus creencias religiosas. No basta que no se les oiga mencionar la tradición del diluvio, para deducir de ahí que no la conservan. Con el tiempo descubrirán lo que se han obstinado en ocultar hasta ahora. «Por desgracia, escribe el Sr. Quatrefages (*Races humaines*, p. 270), sus supersticiones, sus rarezas y sus representaciones grotescas son precisamente lo que desde un principio y de una manera excesiva llama la atención é impide á muchos viajeros penetrar más allá y más profundamente en el estudio de las concepciones religiosas que existen entre los salvajes. Se necesita tiempo y mucha perseverancia para lograr confidencias sobre estas cuestiones que tocan en lo que hay más íntimo en el hombre. Sólo después de muchos años de relaciones amistosas, pudo conseguir Moeenhout que un anciano *harepo* le dijera el magnífico canto de la creación del mundo por Taaroa. Para descubrir la mitología de los Mincopios y de los Hotentotes, M. Man pasó once años entre los primeros, y M. Hahn nueve entre los segundos.» A estos pueblos se les había calumniado de carecer del conocimiento de la divinidad, y el Sr. Quatrefages hace ver manifiestamente que, á pesar de eso, tienen de Dios ideas tan elevadas, que sus mitologías exceden infinitamente á las de los Griegos y Romanos.

Por lo que hace á nuestro propósito, los Mincopios, ó negritos de Andamán, en medio de su degradación física, tienen perfectas nociones de la creación, del paraíso, del diluvio, de la inmortalidad del alma, de la resurrección de los muertos, etc. Su dios se llama *Paluga*, es inmortal, conoce los más íntimos secretos del